

Domingo 4º. Tiempo Ordinario Año C

Lectio divina sobre Lc 4,21-30

Continuación del episodio del domingo pasado, el evangelio nos recuerda hoy la primera predicación de Jesús en la sinagoga de Nazaret: ante sus paisanos, durante la reunión semanal de oración, Jesús se atrevió a presentarse como quien cumple la Escritura que les ha leído, como quien trae consigo una oportunidad única de gracia, como quien satisface toda esperanza de salvación que el pueblo de Dios venía alimentando desde tiempo inmemorial. La reacción de sus oyentes no pudo ser más lógica. Se preguntaron, sin apenas creer en cuanto oían, cómo uno de los suyos, uno a quien tan bien conocían, un hijo del pueblo como cualquiera de ellos, el hijo de José, osaba presentárseles como el realizador de las promesas de Dios. Si al menos hiciera entre ellos uno de esos prodigios que, según se rumoreaba, había hecho en otros lugares de Galilea... Sin pruebas fehacientes, es más que comprensible que se les hiciera difícil creerle. Jesús había convivido entre ellos tanto tiempo, sin haberles mostrado su poder taumatúrgico ni haberles desvelado su conciencia de ser el mesías de Dios. Sorprendentemente Jesús negó a sus paisanos lo que no había rehusado a los extraños y no realizó unos signos que lo acreditaban, esos hechos que conferirían credibilidad a sus palabras. Jesús no hizo ningún milagro entre sus paisanos, porque no creyeron en sus palabras.

En aquel tiempo, ²¹comenzó Jesús a decir en la sinagoga:

“Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír”

²²Y todos le expresaban su aprobación y se admiraban de las palabras de gracia que salían de sus labios.

Y decían:

“¿No es éste el hijo de José?”

²³Y Jesús les dijo:

“Sin duda me recitaréis aquel refrán: ‘Médico, cúrate a ti mismo’. Haz también aquí en tu tierra lo que hemos oído que has hecho en Cafarnaúm.

²⁴Y añadió:

“Os garantizo que ningún profeta es bien mirado en su tierra.

²⁵Os garantizo que en Israel había muchas viudas en tiempos de Elías, cuando estuvo cerrado el cielo tres años y seis meses y hubo una gran hambre en todo el país; ²⁶sin embargo, a ninguna de ellas fue enviado Elías más que a una viuda de Sarepta, en el territorio de Sidón. ²⁷Y muchos leprosos había en Israel en tiempos del profeta Eliseo, sin embargo, ninguno de ellos fue curado más que Naamán, el sirio”.

²⁸A oír esto, todos en la sinagoga se pusieron furiosos ²⁹y, levantándose, lo empujaron fuera del pueblo hasta un barranco del monte, en donde se alzaba su pueblo, con intención de despeñarlo.

³⁰Pero Jesús se abrió paso entre ellos y se alejaba.

I. Lectura: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice.

El texto encuentra sentido pleno si no se olvida su contexto inmediato: apoyándose en la Escritura, Jesús acaba de proclamarse el realizador de las promesas divinas. Él no lee la Escritura sólo, ni sólo la comenta: la cumple. A una objeción ‘lógica’ de sus paisanos, reacciona Jesús con desmesura.

La perícopa, aunque clara en su estructura, no muestra una línea de argumentación muy lógica. De la aprobación por lo que dice Jesús se pasa a la pregunta sobre sus orígenes familiares (Lc 4,22): lo que sobre él saben les hace dudar de cuanto dice. La admiración que les causa sus palabras aumenta su incredulidad. Jesús interpreta la pregunta como una petición encubierta de milagro, a lo que se niega acudiendo a la experiencia, sapiencial y profética. No es la primera vez que Dios actúa así con su pueblo: Elías y Eliseo fueron enviados a quienes menos se lo esperaban y menos los merecían (Lc 4,24-17). Una respuesta es tan desconsiderada que consigue lo que había anunciado: sus paisanos pasan de la admiración por sus palabras al intento homicida (Lc 4,29).

Es trágico comprobar que quienes mejor preparados estaban para recibir a Jesús, perdieron su oportunidad, perdieron a Jesús y se perdieron ellos, por creerse que le conocían bien y querer signos. En su postura podríamos vernos retratados, y amonestados, los cristianos de hoy. Si necesitamos pruebas para aceptarle, o si creemos conocerle porque nos resulta familiar, corremos el riesgo de perderle. Quien pone condiciones a Jesús, se sitúa fuera del alcance de sus promesas: no verá lo portentoso que puede ser quien piense conocerlo.

II. Meditación: aplicar lo que dice el texto a la vida

Jesús se presenta ante sus paisanos como el que realiza las promesas de Dios, pretensión tan exagerada hace lógica su reacción. Apenas pueden creérselo, siendo, como es, uno de ellos. No se niegan, con todo, a aceptarlo. Pero necesitan pruebas: quisieran ver los signos que se dice ha realizado ante otros que no le conocían tan bien. Bien mirado, no les faltaba razón: convivió entre ellos más tiempo, sin haberles mostrado su poder de hacer milagros ni haberles hecho conocer su conciencia de ser el mesías de Dios. Recordándoles la misión entre paganos de dos grandes profetas, Jesús les advierte que pueden perder su oportunidad de creerle y ver en él la salvación esperada. En su postura podríamos vernos retratados, y amonestados, los cristianos de hoy.

¡Extraño modo de comportarse éste de Jesús!. Exige más a los conocidos que a los extraños, da menos a los allegados que a los alejados. Pero por sorprendente que pueda parecernos, aquí se esconde una ley de comportamiento de Dios con nosotros y la razón - posible - del fracaso de nuestra vida de fe: como los paisanos de Jesús, los creyentes creemos conocer demasiado bien a Dios. Y porque nos imaginamos saber de antemano cuánto podría dar de sí, nos quedamos siempre cortos en nuestras expectativas frente él. Damos por supuesto lo que podemos esperar de un Dios conocido desde siempre; y ello nos lleva a no podernos creer lo que Él nos promete. Nuestro saber sobre Dios nos lo ha hecho tan conocido, tan a nuestro alcance, tan como nosotros lo pensamos y lo queremos, que no le dejamos ser lo que Él desearía ser para nosotros. No le permitimos que haga con nosotros lo que estaría dispuesto a realizar, sólo porque le prohibimos que nos sorprenda con sus promesas, porque le negamos el derecho a que nos descubra hoy algo que ayer ni siquiera imaginábamos.

Nuestra vida de fe resulta aburrida y sin aliciente, porque nos hemos habituado a un Dios que no nos sorprenda ya..., porque nos es ya de sobra conocido. No nos atrevemos a pensar que Dios colmará nuestras mejores esperanzas, porque nos hemos ido convenciendo de que no vale la pena tenerlas: damos por descontado que, en nuestra vida de fe, mañana será como hoy, el futuro que nos espera no será muy diferente del pasado que hemos conocido. No nos damos cuenta de que, por dar a Dios por conocido, podemos estar perdiendo la ocasión de conocerle de verdad; los paisanos de Jesús perdieron su oportunidad, porque creyeron conocerle bien. Ese mismo riesgo estamos corriendo nosotros cuando nos habituamos a Dios y lo hacemos tan familiar que no nos podemos creer cuanto nos promete. Precisamente porque no hemos logrado aún del todo gozar de cuanto nos prometió, podríamos esperar que cumpla sus promesas. Que no haya sido tan bueno como esperábamos de Él, tan bueno como lo necesitamos, es un motivo más para rogarle que lo sea y vivir esperándolo.

Como los judíos de Nazaret, nuestro saber sobre Jesús, nuestro saberle uno de los nuestros, nos impide reconocerle como el Dios que quiere ser con nosotros. Y como ellos, también nosotros andamos pidiéndole signos extraordinarios que hagan más fácil nuestra fe. Nos parece injusto que no haga con nosotros, que le conocemos desde la infancia y que desde entonces le consideramos amigo y familiar, alguno de los prodigios que ha realizado con otros que no le conocían tanto. No nos damos cuenta que pedir signos a Dios es dudar de Él; exigir pruebas para creerle supone no darle fe a cuanto nos dice; esperar de Él sólo, o sobre todo, cosas extraordinarias implica desconocer que Él es extraordinario siempre, también cuando no se sale de lo ordinario.

Como los paisanos de Jesús un día, hoy nos podemos estar perdiendo lo mejor de Dios, un Dios al que creemos conocer bien, sólo porque esperamos de Él lo que es bueno para nosotros y no lo que Él considera mejor y está dispuesto a darnos. Pedir signos a Dios es exigirle que se identifique, es obligarle a que se nos imponga como Dios. Pero es también la mejor manera de perderle: en Nazaret, donde se le exigieron pruebas, se privaron de la salvación que les ofrecía. Y es que a Dios le debemos aceptar por lo que es, por cuanto quiere ser para nosotros, no por lo que de Él deseamos o por cuanto queremos que haga en favor nuestro.

Una buena forma para quedarnos sin Dios es querer quedarnos con Él sólo por lo que nos da, únicamente si nos sirve; debemos aceptar a Dios en nuestras vidas, como es Él y como quiera serlo para nosotros, y no según lo que nosotros esperamos que sea o como deseamos se comporte con nosotros. Es trágico, y para nosotros hoy una seria advertencia, que los paisanos de Jesús, quienes más y mejor lo conocían, fueran incapaces de reconocerlo como su salvador e intentaran, incluso, deshacerse de él; de poco les servía su paisano, pensarían, que tan poco les servía, negándoles a ellos esos prodigios que había estado haciendo por todas partes.

La tentación de deshacerse de Jesús surge también en nuestros corazones, cuando nos parece que sabemos ya todo sobre el Dios en quien creemos y no tememos que nos sorprenda con nuevas exigencias o con dones nuevos. La tentación de desembarazarnos de nuestro Dios aparece en nuestras vidas, cuando juzgamos que nos está negando las pruebas de su benevolencia, cuando, si nos comparamos con otros menos creyentes, nos sentimos relegados y desatendidos. Porque, ¿no es verdad que a menudo nos preguntamos a qué sirve mantener fidelidad a un Dios que no nos da prueba, contante y sonante, de su amor? ¿O no es cierto que, al parecer, siguen siendo los alejados, quienes menos o peor le conocen, los más agraciados?

Como los paisanos de Jesús un día, también nosotros estamos intentando vanamente deshacernos de un Dios que no se pliega a nuestros deseos, que no nos da las pruebas de su amor que esperamos, que no nos sirve como nosotros pedimos; un Dios así no nos es útil. Para nuestra desgracia, olvidamos que inútil es sólo intentar deshacerse de Dios: como Jesús ante el barranco, Dios se abriría paso y se liberaría de nosotros para siempre. No

aceptar a Dios como Él quiere serlo con nosotros supone perderle para siempre, pues siempre querrá Él ser Dios, como le plazca. No nos hagamos, pues, ilusiones: no demos a Dios por conocido, no nos acostumbremos a su compañía, no excluyamos por principio sus nuevas exigencias ni le pidamos más signos que los que nos quiera dar. Así tendremos la seguridad, a diferencia de sus paisanos, de que lo perderemos nunca. Y cuidado con intentar siquiera deshacerse de Dios sólo porque no nos sirve: sería aún mayor desgracia.